



## Capítulo 61



# ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO III

*Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*. Tomo III  
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-39-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07738

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300396

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

# Transformaciones y heterogeneidades: la etnografía de Arguedas en el Valle del Mantaro

JORGE ESCOBAR GALVÁN  
Universidad Nacional del Centro del Perú

FREDY MACHICAO  
Universidad Nacional del Centro del Perú



Los estudiosos, entendidos y seguidores de Arguedas conocen de los dos trabajos (mejor dicho, de las dos etnografías) que llevó a cabo nuestro antropólogo sobre las comunidades del Valle del Mantaro y de la feria en Huancayo en la década de 1950, en el siglo pasado, aparte de los muchos que realizó en el mundo andino.

¿Qué es lo sorprendente, lo llamativo de estas dos etnografías en relación con las otras? ¿Por qué Arguedas se interesó en estas dos etnografías? ¿Son hoy consideradas en el análisis del Valle del Mantaro? Después de ellas, ¿se ha continuado el legado de Arguedas?

No conocimos personalmente a Arguedas, pero sí por sus trabajos, porque somos migrantes y porque hoy vivimos y trabajamos en el Valle del Mantaro y en Huancayo, espacio físico donde realizó sus dos etnografías. Esto nos permitirá confirmar y proponer algunas transformaciones y heterogeneidades sobre la realidad del espacio sociocultural por tratar.

La relación entre Arguedas y la sierra central se remonta al año 1928, cuando permaneció un año en la ciudad de Huancayo, cursando el tercer año de secundaria en el colegio Santa Isabel.

En esta primera experiencia en la región se produjeron varios hechos que el gran escritor peruano señalaría años después como sucesos importantes en su vida. Por una parte, la publicación de la revista *La antorcha*, en la que se publicaron sus primeros escritos. Por otra, la escritura de una novela de alrededor de 600 páginas que, según narraría el autor en una reunión de literatos en 1965, le fue arrebatada por la policía. Finalmente, en esa época se produjo el fundamental descubrimiento de Mariátegui, cuyas obras eran leídas y discutidas por los estudiantes de los últimos años del colegio.

Un segundo encuentro con la región central se produjo en 1935, cuando realizó una excursión de unas tres semanas por el Valle del Mantaro acompañado por Manuel Moreno Jimeno, poeta peruano desaparecido, quien fuera uno de sus amigos más entrañables. Moreno Jimeno ha dejado el testimonio de la vital relación establecida entre Arguedas y los campesinos del Valle, que se basaba en su dominio del quechua y su manera de acercarse a ellos: ofreciéndose junto con su compañero de aventura para participar en las jornadas de trabajo comunal, apoyándolos en aquellas cosas en las que podían asesorarlos, redactando sus memoriales, compartiendo su vivienda, sus alimentos, sus fiestas, la música, el baile y la bebida. Viviendo literalmente con las comunidades, pues eran estudiantes sin dinero, cuya subsistencia solo podía ser cubierta por los campesinos que los acogían.

Estas dos estadías se produjeron cuando José María Arguedas tenía 17 y 24 años respectivamente: la primera como estudiante del Colegio Santa Isabel y la segunda de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en momentos importantes de su formación personal e intelectual. La relación de Arguedas con el Valle del Mantaro no fue, pues, lejana ni este fue un simple objeto de estudio para él. Cuando en la década de 1950 realizó en este escenario los estudios antropológicos que marcarían fuertemente su concepción del mestizaje como la vía a través de la cual podría producirse la integración de la sociedad peruana, no era un forastero ni un investigador aséptico frente a una realidad exótica. Huancayo y el Valle del Mantaro eran parte de su experiencia biográfica y este hecho debió influir en sus análisis.

Las investigaciones de Arguedas sobre la región fueron realizadas a comienzos de los años cincuenta, a lo largo de cuatro estancias en el Valle entre los años 1951 y 1955. El estudio sobre las comunidades del Valle del Mantaro fue publicado originalmente en 1957 en el tomo XXVI de la *Revista del Museo Nacional*, mientras que su estudio sobre la feria de Huancayo fue redactado en 1956 como un informe

escrito para la Oficina Nacional de Planeamiento que permaneció inédito hasta su publicación en un texto mimeografiado de la Universidad Nacional del Centro del Perú en 1977, gracias a la iniciativa de Manuel Baquerizo Baldeón.

La primera etnografía tiene un título de por sí bastante explícito: «Evolución de las comunidades indígenas. El Valle del Mantaro y la ciudad de Huancayo: un caso de fusión de culturas no comprometidas por la acción de las instituciones de origen colonial». En él, Arguedas parte constatando la existencia de una radical diferencia entre la realidad social del Valle del Mantaro en el momento cuando realiza sus observaciones y la imperante en las otras regiones de la sierra que él conocía. A pesar de que hasta inicios del siglo XX la cultura de la población que habitaba el Valle no difería sustancialmente de la de otros valles interandinos del sur, como Ayacucho, Andahuaylas y del Vilcanota, donde indios, mestizos y blancos estaban claramente diferenciados por la conducta, las costumbres y la lengua, las bases económicas y sociales del Mantaro eran muy diferentes.

Arguedas considera que debe rastrearse los orígenes de esta especialísima situación de la población indígena en determinados hechos históricos cuyos orígenes se remontan a la Conquista española.

En la segunda etnografía, la superioridad de Huancayo —modelo por el cual Arguedas no puede esconder su exaltado entusiasmo— y de Chiclayo, ciudad costeña cuyas potencialidades de desarrollo compara con las de la ciudad huanca, radica en que en ambos casos se trata de urbes de origen republicano, carentes de tradición colonial. La potencialidad de Huancayo, ciudad indígena por sus orígenes y desarrollo, según demuestra convincentemente, radica paradójicamente en el hecho de que su carácter indio impidió la consolidación de los elementos coloniales que en otras ciudades entorpecen el avance del proceso del mestizaje. No es por ser india, sino porque este hecho crea las condiciones más favorables para que deje de serlo, que ella tiene ventajas frente a las ciudades que en la época colonial alcanzaron un marcado esplendor.

Su trabajo sobre la feria de Huancayo es una etnografía ejemplar por la agudeza de las observaciones, por la riqueza de datos recogidos y por lo sistemático y la seriedad de la encuesta. Las explicaciones antropológicas sobre el cambio y las ideas de dependencia y de polos de desarrollo dan orden y solidez científica a sus libretas de campo y a sus publicaciones. El estudio comparativo entre las comunidades españolas y el Perú se inspira en la etnohistoria.

Para Arguedas, el Valle del Mantaro, sus comunidades y sus gentes eran algo inconcebible para la época que él vivió: mientras que el resto de las comunidades campesinas del mundo andino estaba sujeta a explotación por los hacendados, en este espacio, el Valle del Mantaro, se convivía entre blancos, mestizos e indios. Se han ensayado varias explicaciones del peculiar hecho: el apoyo de los huancas a los españoles y los favores recibidos; la convivencia cotidiana, de parte de los indios, con los españoles de forma horizontal en el Valle; el hecho de que, durante la Guerra del Pacífico, en el Perú, en el único lugar donde se les ganó militarmente a los chilenos es en el Valle del Mantaro, por eso la escenificación anual en Chupaca, Marcavalle, Pucará, Concepción recordando esa victoria; el Valle, como espacio físico, es generoso, como también lo es en la producción de recursos alimenticios; su relación con los centros mineros, Lima, y el hecho de ser un polo de atracción en la zona central de nuestro país.

Han pasado más de 60 años de estas dos etnografías que nos describen como una foto del momento las vivencias de los pobladores del Valle. ¿Cuáles eran los temas que le llamaban la atención a nuestro antropólogo? El mestizaje, la aculturación y el cambio. En los años sesenta, setenta y ochenta, estos temas en las ciencias sociales eran cotidianos y no creemos que se hayan agotado ni que hayan contribuido a un mejor entendimiento de nuestra realidad. Actualmente, ¿persisten estos temas? Sí. Y, ¿cuáles son sus manifestaciones? La mayoría de la población del Valle del Mantaro, en 2011, como la de las comunidades «altinas» de las dos márgenes del río Mantaro, no solo ponen sus ojos sino también sus pies en Huancayo.

Cambio o transformación. El hombre andino ha bajado de sus comunidades a las ciudades atraído por su dinámica, escapando de los abusos de los hacendados, de los conflictos sociales, siguiendo las direcciones de las carreteras. Siguen hablando quechua, *chacchan* coca, hacen pagos y rituales, continúan cultivando sus danzas y música. La reciprocidad y el dualismo están presentes. Los espacios han cambiado: antes en el campo, hoy en la ciudad. Sí hay transformaciones: por ejemplo, la fiesta del «Santiago», que es eminentemente rural, hoy se realiza en Huancayo por varios motivos, como otras muchas festividades. Los pagos o rituales a los *Apus* se realizan en la ciudad, la vestimenta festiva, los instrumentos musicales, la parafernalia del pago, los *paccos* (curas andinos), los insumos de la cocina se consiguen en la ciudad para ser llevados a sus comunidades. Y si no se consiguen en Huancayo, se viaja a Lima.

Si bien en las comunidades y pueblos del Valle del Mantaro no se percibe un racismo como en las ciudades, siempre se tiene cuidado con el extranjero, el foráneo, el *afuerino*. La convivencia histórica con los *blancos* en el Valle los lleva a ser más tolerantes y hasta se podría decir que es permitida. No se conoce que se hayan producido situaciones de «exclusión racial» en el Valle. Al contrario, por ejemplo, en Jauja existe un buen número de aymaras residentes que laboran y comparten tranquilamente la cotidianidad del pueblo, a pesar de que Jauja es conocida en el Valle como un pueblo «muy señorial». Pero tampoco uno podría asegurar la no existencia de esta exclusión: se sabe de diferencias entre las comunidades en cuestiones de tierras, costumbres, lenguaje, comida, comportamiento, etcétera. Por otro lado, la convivencia entre la gente del Valle en Huancayo tiene sus altercados. Es conocida la libertad con la que las gentes caminan en las calles, entran a tiendas, participan en eventos sociales. Sin embargo, se da el caso de que existe un racismo que surge en espacios, en momentos y por gentes que son ciudadanos, pero no tenemos la seguridad de que sean netos lugareños. Hemos sido testigos de parte en tres ocasiones de este racismo «entre paisanos»: el color de piel no era tan diferente, ni la ropa, ni la manera de hablar. Pero, como dice el dicho, ya que al que excluían racialmente era a nuestro ocasional acompañante, «ellos serán machos, pero nosotros somos muchos»: hicimos valer nuestra cantidad. Las palabras *cholo*, *indio*, *negro* y *chuncho*, dichas de forma despectiva, todavía se usan.

Debemos mencionar que Huancayo es visitada por gente que viene de Lima, y son ellos los que muestran esta intolerancia, cosa que no sucede con los de Huánuco, Huancavelica, Ayacucho, Cerro de Pasco ni los que proceden de la selva. Si bien Arguedas en esas épocas veía que esta convivencia se desarrollaba con tranquilidad aparente, hoy no sucede lo mismo, pues hay que ganarse el sitio social y el espacio cultural. El oportunismo, la traición, la doble cara, la deslealtad, el individualismo y el egoísmo en la actualidad campean en nuestra ciudad.

No está resuelto el problema del racismo ni del mestizaje. Solo recordemos el problema de Desaguadero, Pomata, Ilave, Yunguyo, el de Bagua, Tayacaja, Huancavelica, y el caso de los aymaras y adviri. *Todas las sangres* han rebasado los límites legales, programas, proyectos y sueños de partidos y de movimientos, cada uno por su vertiente. Se suponía que existiera un diálogo, el cual nos acercara más entre nosotros y nos respetáramos al margen de nuestras pertenencias étnicas, pero todo parece indicar que se trata de una barrera antes que de una oportunidad. La población de nuestra Amazonía, décadas de años olvidadas, los quechuas, aymaras,

los afrodescendientes, a los que se debería agregar a los herederos de los primeros chinos y japoneses llegados a nuestro país, mestizos, criollos y blancos, cada uno de ellos hizo su camino. Esto nos recuerda la frase de Matos Mar, un «desborde popular» atizado por querer encontrar una salida a los numerosos problemas de nuestra población.

Todos recordamos esta frase de Arguedas, «no soy un aculturado». ¿Qué significado tendría ahora? ¿De qué serviría? En realidad, es una alternativa para millones de peruanos. Existe como alternativa dejar su apellido paterno como Quispe, Condori, por otro que sea más mestizo o blanqueador. Es preferible decir que uno es de Cusco, Arequipa, Lima, Ica, Tacna o Trujillo, que decir que uno es de Caracoto, Cuyubamba, Canchapunco o Yanacancha. Miles de padres quechuas, amazónicos y aymaras desean que sus hijos dejen de hablar su lengua original y aprendan el español, inglés, etcétera. Blanquean su piel y su procedencia étnica. A las masas en desborde, pobres, andinos, amazónicos, afrodescendientes, mestizos, les interesa su futuro, los espacios económicos, políticos y sociales para poder realizar sus sueños.

En las mayorías de las reuniones sobre Arguedas, lamentablemente, los participantes han tratado más de demostrar la amistad, parentesco, paisanaje, compadrazgo con Arguedas, y no dar su real importancia a los temas que él nos dejó, a los antropólogos, para seguir aclarando, proponiendo, dando alternativas, conversando, dialogando de los problemas que nos aquejan a estas masas en desborde. Alguien dijo que Arguedas se hizo antropólogo en Ayacucho y no en el Valle del Mantaro. En realidad estamos muy lejos de lo que Arguedas deseaba de nosotros. Tal vez el único que reconoce el valor de Arguedas en nuestros días, para entender el mundo andino, el mestizaje, el cambio, la aculturación, es Gustavo Gutiérrez. Él decía que dejemos de inmiscuirnos en la vida privada de Arguedas: dediquémonos a explicarnos, investigar, aclarar los viejos y nuevos problemas que rodean al mundo andino y a este Perú cada día cambiante e hirviente social y económicamente.